

# INFLUENCIA Y CONTRAINFLUENCIA DEL ARTE ORIENTAL EN NUEVA ESPAÑA

*Gonzalo OBREGON*

*Instituto Nacional de Antropología  
e Historia*

EL COMERCIO ENTRE EL EXTREMO Oriente y la Nueva España se hizo siempre a través de Filipinas por medio de naos que, en fechas determinadas, salían de Manila y llegaban al puerto de Acapulco. Este comercio dio nacimiento a un activo intercambio que se refleja sobre todo en las artes menores mexicanas durante los siglos xvii y xviii. Es interesante constatar con qué facilidad las obras de arte industrial chinas, japonesas o de la India, tuvieron amplia acogida en la Nueva España y cómo suscitaban imitaciones en las artes novohispanas casi desde su principio.

Por desgracia el estudio de las artes industriales mexicanas durante el periodo colonial y gran parte del siglo xix, ha sido muy poco atendido. La única obra que existe que es la del benemérito don Manuel Romero de Terreros<sup>1</sup> da una idea de conjunto muy exacta, pero todavía no contamos con obras especializadas a base de buenas fotografías. Está aún por escribirse una buena historia del mobiliario mexicano, de la cerámica, de la orfebrería y, en general, de las llamadas artes menores que además de tener una categoría indiscutible, son un reflejo tan fiel de una época o de un determinado estado social, como las obras arquitectónicas o pictóricas.

En este estudio trataremos de ver qué tipo de objetos fueron los que con más facilidad llegaban a la Nueva España y

cómo influyeron en la manufactura y decoración de los fabricados en ella.

El renglón más importante en el comercio de piezas de lujo mantenido entre el Oriente y la Nueva España a través de Filipinas, fue, sin duda, la porcelana china y japonesa. Este precioso material que en Europa se conoció desde mediados del siglo xv, fue siempre buscada y coleccionada con pasión. Sin hablar de las copias que se hicieron en Florencia a fines del siglo xvi, copias conocidas como "porcelanas de los Médicis", la porcelana oriental fue importada a Europa a través del comercio holandés o portugués. Las primeras piezas fácilmente datables las encontramos en Inglaterra durante el reinado de Isabel, casi siempre montadas en oro o plata. Durante el siglo xvii la importación aumenta en relación con la creciente demanda y hay ciertas naciones, Holanda en primer término, que llegan a tener enormes reservas de porcelanas chinas y japonesas.

En la Nueva España los primeros datos sobre la importación de estas piezas los encontramos a fines del siglo xvi. En la "Relación de uno de los varios viajes de ingleses a la ciudad de México" que tradujo y publicó don Joaquín García Icazbalceta leemos que, según escribía Enrique Hawks en 1572, de las recién descubiertas "islas de China" llegaba "vajilla de loza tan fina que el que podía conseguir una pieza daba por ella su peso en plata..."; y siete años más tarde Francis Drake, en 1579, habiendo apresado el navio de don Francisco de Zárate, se apoderó de la porcelana que éste traía para obsequiar con ella a su esposa.

Ya desde el siglo xvii los cargamentos de las naos comprendían siempre un importante lote de objetos de porcelana, fabricados casi todos en la zona de Fu-Kien. Alcanzamos, en estas piezas las porcelanas fabricadas en los últimos años de la dinastía Ming (1348-1643) e importamos la fabricada bajo los emperadores de la dinastía Ch'ing (1644-1850).

Nos tocó, por lo tanto, el apogeo de la técnica que coincide con el reinado del emperador Kang-shi (1662-1722), la belleza del colorido y la exquisitez de la forma de la época

de K'ien-lung, bajo cuyo largo reinado (1736-1795) la porcelana china alcanza una perfección inigualada.

Los primeros ejemplares que conservamos en México, muy raros por cierto, datan de la época del emperador Wan-li (1573-1619) como un magnífico jarrón decorado en azul sobre blanco, originalmente parte de la colección Alcázar (Museo de Chapultepec), y que pasó al Museo de Morelia. Los ejemplares que se pueden estudiar en la colección formada por doña Bárbara Vinet de Martínez del Río, muestran los primeros ejemplares con esmaltes de cinco colores, datando de la época del emperador Ch'ung-Chen (1628-1643).

En menor categoría y más bien clasificándose como cerámica o loza barnizada, llegaron multitud de tarros, muchos de ellos debiendo ser fabricados en Filipinas, que servían para contener especias propias de esa zona. Son bastante raros, ya que fueron utilizados en México como macetas, teniendo así una existencia efímera. La porcelana de más calidad empieza a llegar, como se ha dicho en líneas anteriores, desde mediados del siglo xvii y algunos ejemplares son verdaderamente extraordinarios. Los tibores chinos que se encuentran en México, muy utilizados en el adorno de salas, oratorios y pasillos, varían de tamaño desde un metro veinticinco hasta diez o doce cms. Se les clasifica, a los mayores "del núm. 1", a los de 70 a 80 cms. "del núm. 2", "del núm. 3" a los de 50 a 55 cms. y "del núm. 4" a los de 35 a 40 cms.

"Rara vez se encuentran en pares y más raro aún con tapa. Las de los tibores grandes tenían en su cúspide la figura de un león sentado, pero todos éstos fueron destruidos durante la guerra de Independencia por los ignorantes quienes imaginaban que representaban al león del Escudo Real español." <sup>2</sup>

Los inventarios del siglo xvii y xviii mencionan constantemente piezas de "loza de China", ya sueltas, ya formando parte de vajillas a veces con centenares de piezas. Pocas son, sin embargo, las que han llegado a nosotros del siglo xvii tal vez por el poco cuidado que con ellas se tuvo.

Durante el siglo xviii, en los años que van de 1723 a 1735 se establecen varias compañías europeas en zonas que les

fueron reservadas. A través de ellas se empezó a hacer porcelana decorada con motivos occidentales, especialmente escudos o iniciales entrelazadas unos y otros pertenecientes a las familias o particulares que mandaban hacerlas. Esta porcelana se conoce en la actualidad como "Compañía de Indias" por la negociación que servía de intermediaria para las transacciones.

Estas vajillas mezclaban dibujos del más característico estilo chino con emblemas nobiliarios occidentales que se les mandaban dibujados y a colores a fin de que fueran reproducidos tal cual en las piezas fabricadas. La Nueva España, a través de las negociaciones y del activo comercio filipino, tuvo ejemplares de este tipo desde principios del siglo XVIII siendo, tal vez, la primera la mandaba hacer por los condes de Santiago que tenemos que recordar eran, como descendientes de Legazpi, adelantados de las Islas Filipinas.

Muchas familias novohispanas siguieron este ejemplo y se conservan ejemplares con los escudos de los Pérez Gálvez, Obregón, Haedo, Selva Nevada, etc.

Son también muy características las llamadas "vajillas de proclamación", casi siempre destinadas a los ayuntamientos o corporaciones y mandadas hacer con motivo de inauguraciones, proclamaciones, etc. Conservamos piezas de las que mandó hacer la Academia de San Carlos con motivo de su inauguración y las de las ciudades de Valladolid, Puebla y Villa de San Miguel con motivo de la proclamación de Carlos IV. Hay que hacer notar que todos estos servicios corresponden a la segunda mitad del siglo XVIII y primeros años del XIX.

La época de decadencia de la porcelana china comienza en esta última época. Sin embargo sigue llegando a México en la misma cantidad aunque ya no a través del puerto de Acapulco, sino por medio de San Blas. Los últimos ejemplares que se reciben por esta zona, ya en plena época independiente, corresponden a la porcelana cantonesa con su característica decoración de mariposas y flores multicolores, cuyo rico sentido cromático disimula la falta de calidad artística.

Viene en segundo término, como artículo de importación,

el mobiliario. El mueble oriental a base de lacas, dorados, colores ostentosos y decoración abigarrada, corresponde perfectamente al gusto del criollo mexicano amigo del fasto, de la rica apariencia y del colorido. Tenemos que hacer notar que la mejor época del mobiliario chino y japonés, la más rica por lo menos, corresponde precisamente a los siglos xvii y xviii.

Es muy difícil fijar, sin haber estudiado las listas de los cargamentos de las naos de Manila, la cantidad y la calidad de los muebles importados, pero los que han llegado hasta nosotros son suficientemente importantes para deducir que hubo una corriente continua y que este tipo de mobiliario era tan buscado como apreciado.

Muy comunes debieron ser, y hay que mencionarlos en lugar preferente, por ser originarios de Filipinas, los grandes cofres de viaje de forma rectangular con la cubierta ligeramente abombada. Pueden ser de dos clases: los primeros, los más conocidos, hechos en una madera llamada "narro", especie de cedro filipino. Su decoración consiste en motivos tallados, un tanto toscos, dando la impresión de un gran tapiz que estuviera colocado sobre el mueble mismo, abarcando frente, parte superior y respaldo. Los lados, unas veces eran lisos y otras tenían una talla de menor importancia que la que ostentaban al frente. Hay bastantes ejemplares de este tipo de muebles tanto en el Museo de Chapultepec como en colecciones privadas, sobre todo en la de Franz Mayer y, hasta la fecha, parece que abundan aún ejemplares de este tipo en Filipinas a juzgar por lo que dice una revista norteamericana especializada.<sup>3</sup>

El segundo tipo de arcones tiene la misma forma que los anteriores, en madera más delgada. Su decoración no es tallada sino pintada en oro sobre fondo rojo con motivos típicamente asiáticos como dragones, "kilines" (más conocidos como "perros de Fo"), flores de loto, etc. Dentro de este mismo grupo podemos considerar otros cofres parecidos recubiertos en paja de arroz trenzada y pintados en dos tonos resaltando los dibujos en color café oscuro sobre el color natural de la paja.

De procedencia china y japonesa tenemos también armarios con puertas en cuyo interior hay numerosos cajones. Esta clase de muebles cae dentro del gusto español ya que no son otra cosa sino los clásicos vargueños de los siglos XVI y XVII. Estos muebles chinos fueron especialmente gustados ya que venían con una rica decoración en oro y laca ostentando brillantes aplicaciones en latón. Son bastante numerosos los ejemplos de esta clase de mobiliario que han llegado hasta nosotros y no era raro encontrarlos formando parte de las sacristías.

Tenemos que mencionar, igualmente, muebles más comunes como sillas o sillones. Las primeras, de forma muy rígida, tenían el asiento y el respaldo cubierto en cuero rojo con dibujos en dorado. Particularmente rica fue la serie que perteneció a la Sala Capitular del convento de S. Agustín de México y que hoy se puede admirar en el Museo Nacional de Historia. En ella vemos leones y flores estilizados a la manera china.

Los sillones conservan la forma típica del "frailero" español. Se diferencian en que la madera es más ligera y en que asiento y respaldo están trabajados en bejuco finísimo, recubierto a su vez con piel muy delgada decorada en rojo y oro. Los más bellos ejemplares de este mueble se conservan en la colección Mayer.

Debieron ser también muy numerosos los biombos en laca china o japonesa. Sin embargo, su constante manejo, hizo que se deterioraran rápidamente y son escasísimos los ejemplares que han llegado hasta nosotros. Digno de mención es uno de ellos, en laca japonesa de fines del siglo XVII que fue aprovechado para formar un púlpito en la iglesia de San Miguel del Milagro en Tlaxcala.

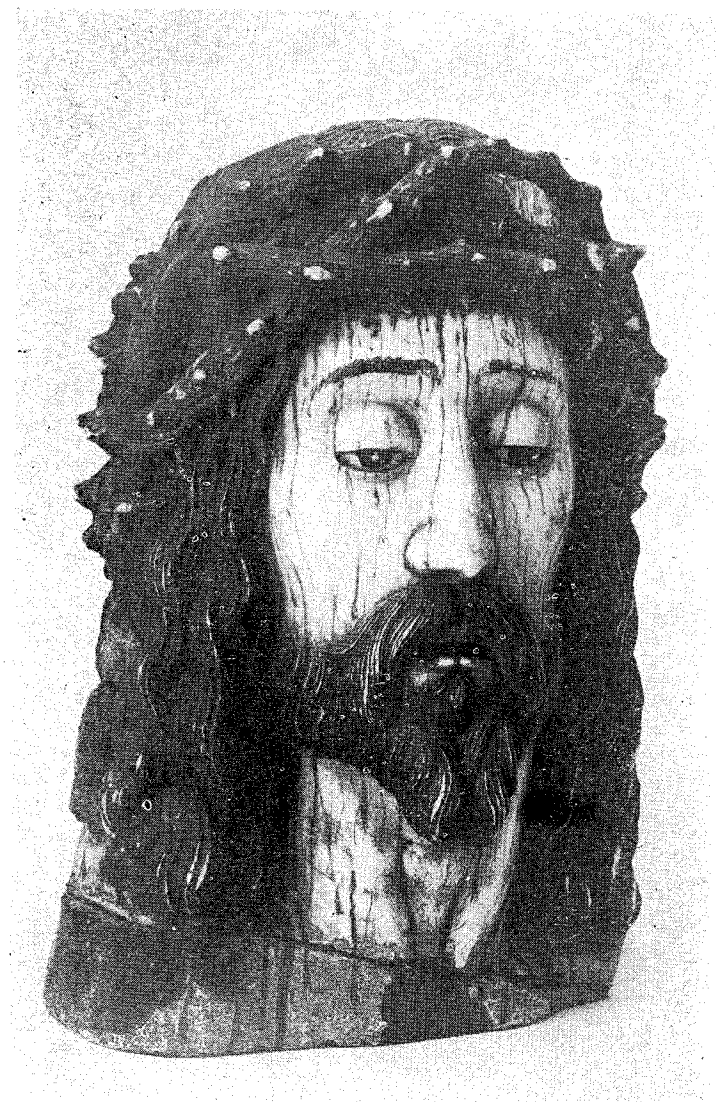
Los marfiles formaron un especial objeto de importación. Este material fue muy gustado por los mexicanos de los siglos XVII y XVIII. Su calidad, su peso, su tersura, lo hacían especialmente apto para esculturas y la minuciosidad del artista oriental produjo verdaderas maravillas al utilizarlo. Es curioso constatar que las esculturas llegadas a México son siempre de carácter religioso y de trabajo mucho menos fino

que las elaboradas en China misma, por lo cual se puede suponer que fueron fabricadas en talleres establecidos en Manila. Refuerza esta suposición el que la mayoría de estos productos se encuentren en la actualidad en la América española o en España siendo muy escasos en el resto de Europa.

Las esculturas más comunes son los Cristos en la cruz, algunos de enorme tamaño ya que, en los mayores, el colmillo aprovechado llega a tener hasta 1.15 m. de alto. La figura es rígida y el artista tiene que adaptarse a la natural inclinación del colmillo. Nunca tiene el carácter naturalista que caracteriza a los Cristos europeos contemporáneos, las figuras presentan un carácter de muy acentuado arcaísmo. Esto, que en el siglo pasado era mirado como un defecto, en la actualidad les da un especial valor puesto que este tipo de figuras, con su aspecto primitivo y estilizado, entra dentro de nuestra apreciación de la belleza. Podemos ver esto en la fotografía anexa que nos muestra una cabeza de Cristo de fines del siglo xvii de excelente factura y en el cual, los rasgos orientales le dan un acusado carácter gótico. Es tan sólo un fragmento, pero del Cristo debió ser la parte más importante y mejor trabajada.

Como hemos dicho, la importación de Cristos debió de ser enorme, ya que, aún en la actualidad, es frecuente el encontrarlos en museos, colecciones o en el comercio de antigüedades. Su tamaño varía desde 15 cms. hasta 1.15 cm. y están generalmente suspendidos sobre una cruz de madera negra labrada al estilo oriental con hojas de vid y uvas.

El que estas imágenes hayan sido mandadas hacer, en su gran mayoría para el mercado novohispano nos lo prueban los ejemplares que se conservan de la Virgen de Guadalupe. Su tamaño y calidad de ejecución también es variable y a pesar de que es muy difícil datarlas, las primeras se pueden fechar a fines del siglo xvii. Encontramos, también, "Virgenes con el niño", "San José", "Nacimientos" o determinados santos que sin duda fueron mandados hacer por encargos especiales. El más bello ejemplo de este tipo de esculturas, lo fue la maravillosa "Sagrada Familia", joya del Museo de Arte Religioso, desaparecida hace pocos años.

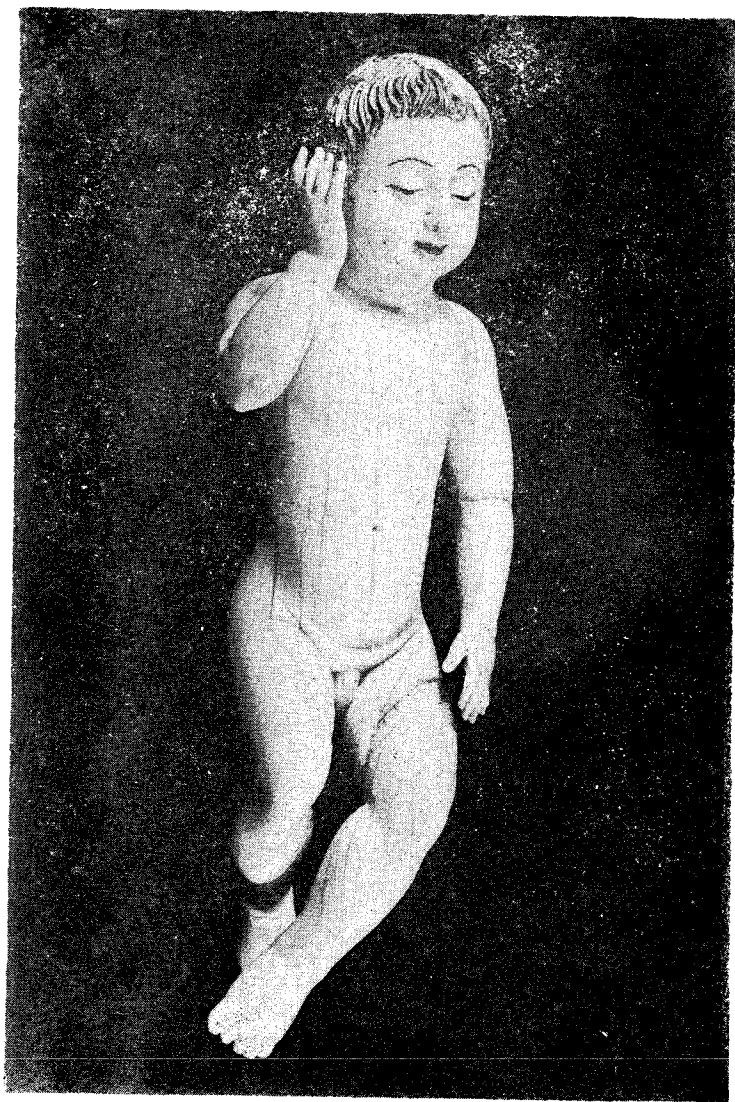


*Cabeza de Cristo en marfil policromado. Trabajo filipino de fines del siglo XVII. (Colección particular, México, D. F.)*





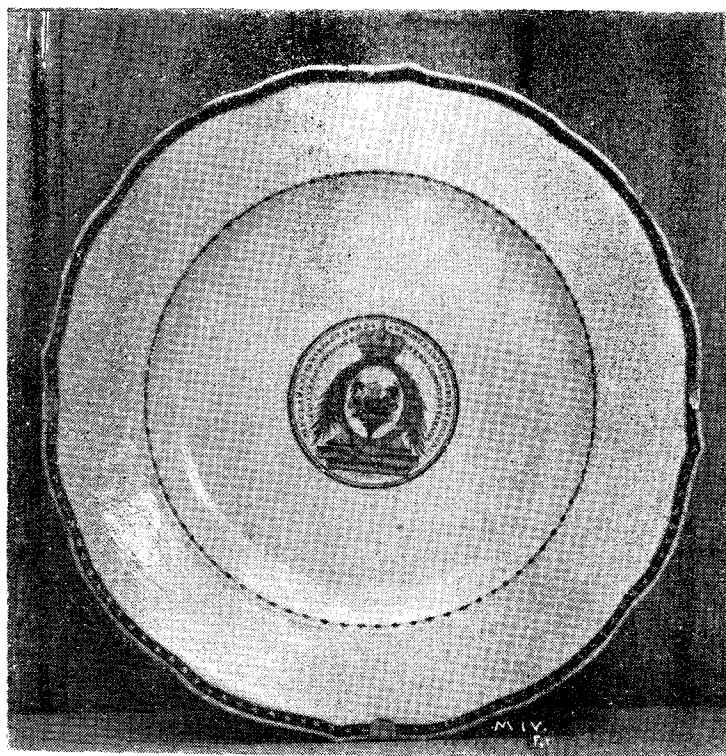
*Paño de caliz. Bordado chino en sedas policromas sobre fondo verde, siglo XVIII. Sacristía de la Iglesia de Jesús Nazareno, México, D. F.*



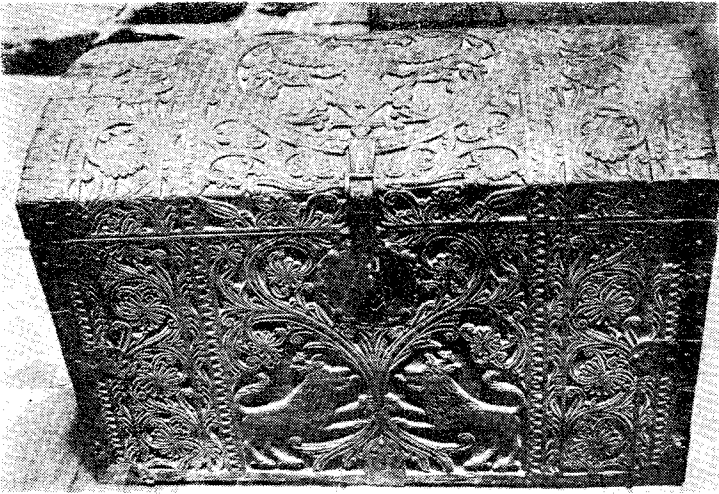
*Niño Jesús dormido. Marfil chino, siglo XVII-XVIII. (Colección particular, México, D. F.)*



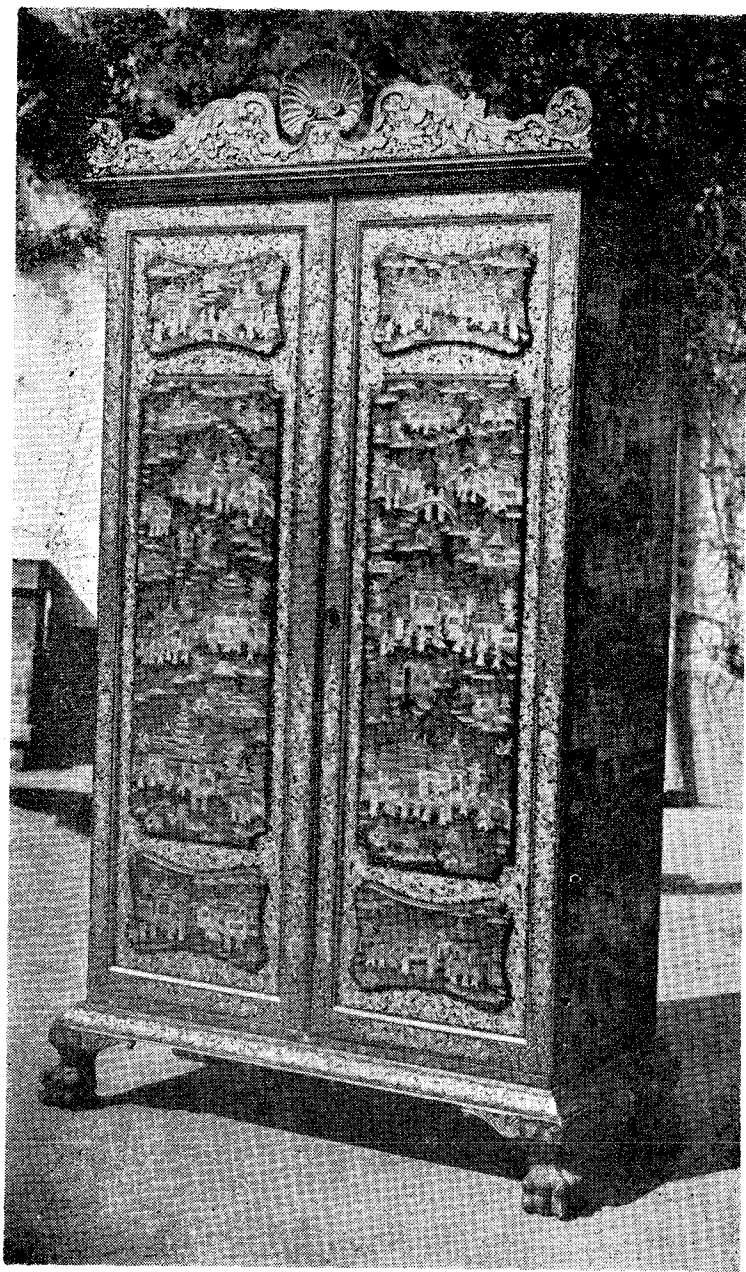
*Platón en cerámica de Puebla, mediados del siglo XVIII. Decoración azul sobre fondo blanco, con influencia china. (Colección particular, México, D. F.)*



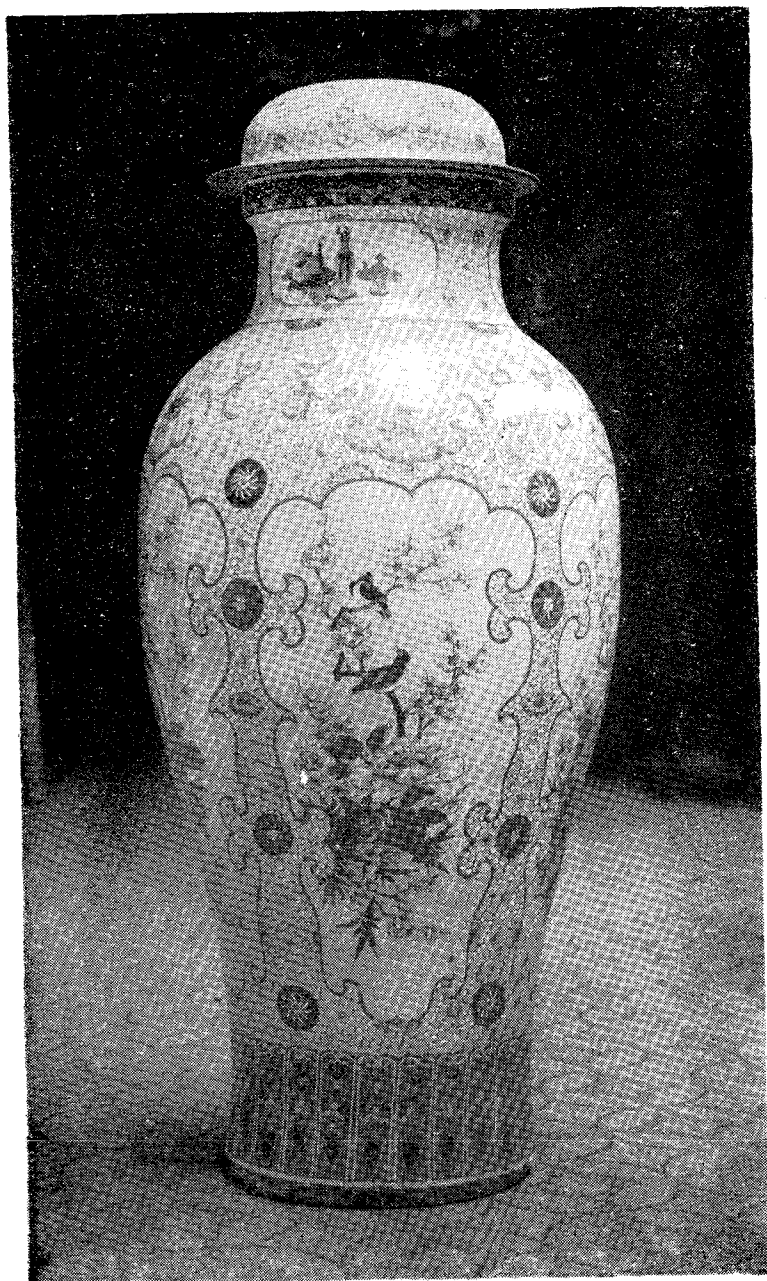
*Platón en porcelana china de exportación. Escudo de Valladolid y leyenda alusiva a la proclamación de Carlos IV, 1791. (Colección del Museo Nac. de Historia, México, D. F.)*



*Arcón filipino en madera tallada, siglos XVII-XVIII. (Colección particular, México, D. F.)*



*Armario chino de fines del siglo XVIII o principios del XIX. Decoración en laca dorada sobre fondo rojo. (Colección particular, México, D. F.)*



*Tibor chino del N<sup>o</sup> I (125 cms. de alto). Fondo blanco, decoración policroma. (Colección particular, México, D. F.)*

Siendo muy abundantes estas esculturas de tipo religioso, son en cambio rarísimas las figuras civiles o las que representan dioses o héroes de la mitología china o japonesa. Sencillamente no vinieron a la Nueva España.

Dentro de las piezas de tamaño pequeño, fabricadas en China pero cuyo mercado estuvo durante muchos años en Filipinas, tenemos que mencionar las piezas de cobre esmaltado. Manufacturadas para el comercio con el Occidente, las cajitas para rapé, bandejas, tinteros, aguamaniles, etc., se importaron en gran cantidad. La mejor colección que de ellas se conservaba en México y que comprendía ejemplares de los siglos xvii y xviii fue la reunida por don Ramón Alcázar. Hay que advertir que es muy raro encontrar estas piezas de esmalte en perfecto estado. Su fragilidad hace que cualquier golpe estrelle el esmalte desprendiéndose en menudos fragmentos, siendo su reparación muy difícil.

Otro renglón importante en el comercio de la nao de Manila fueron las sedas chinas. La primera mención de ellas la encontramos desde fines del siglo xvi. Su importación llegó a ser tan cuantiosa que significó, ya en el siglo xvii, una seria concurrencia a las sedas granadinas y la ruina de la que se labraba en la zona de la Mixteca Alta, cuyo cultivo desaparece por incosteable.

Las sedas chinas llegaban a la Nueva España en forma de piezas ya manufacturadas y bordadas: faldas para las mujeres, pañuelos, chales; objetos suntuarios como colchas bordadas, cubiertas de mesa, doseles, etc. En la ornamentación de estas piezas encontramos, como en las porcelanas, la mezcla de motivos orientales con occidentales.

Tenemos que mencionar de una manera muy especial las casullas y ornamentos religiosos labrados para determinada iglesia. Como caso muy característico tenemos el del conde de la Torre de Cossío, que, teniendo el cargo de Adelantado de las Islas Filipinas, mandó bordar entre 1770-75 un ornamento completo en seda roja, destinado a la Catedral de México a la que lo donó para ser usado en la fiesta de la Preciosa Sangre. Este juego, de espléndida calidad y en perfecto estado de conservación, fue una de las joyas del



desaparecido Museo de Arte Religioso, anexo a la Catedral. Como ejemplo muy interesante presentamos la fotografía de un paño de cáliz bordado en sedas polícromas sobre fondo verde claro con típicos ornamentos en diseño oriental. Formó parte de un ornamento que perteneció en su origen, a la iglesia de la del Hospital de la Purísima Concepción (Jesús Nazareno) de México.

Aún cuando no es frecuente, también se encuentran bordados civiles finos que, por su riqueza y calidad, siguieron sirviendo en la Nueva España. Este es el caso de una túnica entera blanca con espléndidos bordados, en su origen posiblemente una túnica de luto de una princesa china. En la actualidad forma parte del vestuario de una imagen venerada en la antigua capilla del Colegio de las Vizcaínas y conocida como "el Señor del Coro". La transformación data de mediados del siglo xviii.

Existen también piezas de indumentaria mandadas bordar especialmente a Filipinas, como una casaquita de niño en gruesa seda azul que tiene una franja polícroma bordada con motivos chinos. Este tipo de vestido debió ser bastante frecuente, dada la baratura de mano de obra del artesano oriental.

Hubo también importación de objetos en metal. El caso más famoso es el de la reja del Coro de la Catedral de México fabricada en Macao según dibujos de Juan Rodríguez Xuarez, remitida a Manila y de aquí a Acapulco. Se estrenó en la capital de la Nueva España en marzo de 1733. Es sin duda la obra más importante en metal que conservamos. Fueron innumerables las obras más pequeñas como jarras, candeleros, lavamanos, etc., todo fabricado en un metal blanco que recuerda, por su textura, el "peweter".

Capítulo aparte merece la influencia que estos objetos tuvieron sobre el desenvolvimiento y ornamentación de las artes menores en la Nueva España.

La cerámica poblana, cuyos primeros ejemplares datan de fines del siglo xvi y que, en su principio por lo menos, estuvo sometido a la tradición hispano morisca de los alfares de Triana, Talavera y Puente del Arzobispo, sufre desde fines

del siglo xvii una fuerte influencia de las porcelanas chinas.<sup>4</sup> En piezas poblanas de esta época aparecen figuras tomadas de los vasos orientales: mandarines, pagodas, puentecillos y pájaros estilizados de acuerdo con el gusto del extremo Oriente. Esta influencia fue tan persistente que se encuentra, a veces, hasta en piezas ya menos facturadas a principios del siglo xix con los característicos colores de esta época.

Las lacas chinas y japonesas influyen también en las trabajadas en la zona de Michoacán y de Guerrero (Olinalá). No influyen en la manufactura, ya que ambos procedimientos difieren y León demostró, en una obra clásica<sup>5</sup> que las lacas michoacanas no derivaban, en modo alguno, de las orientales, sino en la decoración en la que frecuentemente, desde mediados del siglo xviii, aparecen temas chinoscos.

Los dibujos de estas lacas de China y Japón influyen también poderosamente en cierto tipo de pinturas que podíamos llamar popular. Hay piezas del siglo xviii fabricadas en México en las que árboles y pájaros están estilizados como en Oriente. Caso muy peculiar es el de un biombo mexicano de la segunda mitad del siglo xviii (colección Mayer) en el que los pájaros parecen escapados de lacas japonesas. Lo mismo podríamos decir de un varguño mexicano en laca roja y oro que formó parte de la colección de los condes de Valenciana.

Un caso también muy curioso de interpretación nos lo presentan algunas pequeñas figuras en marfil. El caso más curioso es el de los niños dioses dormidos, acostados de lado, que representan en sus líneas generales en la postura y hasta en la sonrisa al "Buda dormido" de Bamiyán. ¿Cómo llega a hacerse esta fusión de dos temas tan diferentes y de dos concepciones tan diversas?

Todos estos problemas que se nos plantean a través de los objetos que han sobrevivido a los siglos y cada uno de ellos constituye un testimonio de una época o de una cultura y nos vuelven a plantear la serie de problemas que significa el contacto del Oriente con la Nueva España a través de Filipinas, problemas que hasta la fecha no han sido resueltos, e incluso ni estudiados en forma satisfactoria. Se requeriría

una amplia investigación sobre las fuentes documentales, sobre los lugares de producción de estos mismos objetos y una amplia documentación gráfica que permitiera resolver estos mismos contactos.

## NOTAS

1 Manuel ROMERO DE TERREROS, *Las artes industriales en la Nueva España*, México, 1923.

2 *Ibid.*, *op cit.*

3 *Antiques*, Vol. XVIII, Abril 1935, N° 4.

4 Vid. Enrique A. CERVANTES, *Loza blanca y azulejo de Puebla*, México, 1939, con excelentes ilustraciones.

5 Francisco de P. LEÓN, *Los esmaltes de Uruapan*, México, 1939.